

La elocuencia deseada

(*)**FERNANDO VIZCAYA CARRILLO**

Depto. de Tecnología y Ciencias del Comportamiento
Universidad Simón Bolívar
Sartenejas, Caracas

Resumen

Este trabajo es una investigación de reflexión teórica, con carácter hermenéutico, pues se trata de interpretar, aunque sin intención rigurosa un escrito clásico, y Heurística por ser una investigación en fuente histórica, con la finalidad de contribuir al enriquecimiento de la didáctica. A propósito de la lectura de una de las epístolas a Lucilio de Séneca, la reflexión sobre el discurso docente, abarcando algunos de sus aspectos principales como es la claridad en la exposición, el ritmo de la misma, los contenidos y la consideración con el auditorium que escucha. La competencia docente debe mantener esa excelencia si desea enseñanza exitosa. Las fallas de la formación de las escuelas de educación y pedagógicas han oscilado en la preparación del instrumento de transmisión más que en su erudición en ciencias específicas de instrucción.

Palabras clave: Discurso, competencia, didáctica, motivación, hábitos.

Abstract

This paper is a theoretical reflection research with a hermeneutical nature, since interpretation is intended, though has no rigorous intention of being a classic essay. The research is Heuristic because is on a historical source in order to contribute to the enhancement of didactics. Throughout one of Lucilio de Séneca epistles reading, teaching discourse reflection embracing some main features, such as exposition's clarity and rhythm, contents and listening auditorium considerations. Teaching competency must maintain this excellence if successful teaching is desired. Lacks of formation of Pedagogic and Education Schools have oscillated in transmitting instrument preparation, more than their specific instructional sciences erudition.

Keywords: Discourse, competency, teaching, motivation, habits.

“La vulgaridad en la elocuencia, ligada al poder,
y a las riquezas, engendra la locura”
Werner Jaeger. *Aristóteles*

Introducción

A pesar de la gran cantidad de recursos tecnológicos que han enriquecido las diversas técnicas didácticas en los últimos años, la figura personal del docente, en su discurso explicador y motivador, sigue siendo indispensable para la transmisión eficaz del contenido. La necesidad imperante de tener buenos oradores, como característica específica del docente —inevitable por un parte y deseable por otra—, nos pone en disposición de poder aportar algunas ideas, sacadas de años de experiencia docente y de contacto con alumnos de pedagogía también.

Para este trabajo de investigación sobre algunos aspectos de la didáctica de la transmisión, me apoyaré en una de las “Epístolas morales” de Séneca, además de algunos artículos recientes sobre la labor del profesor, procurando abarcar varios aspectos de su actuación. El retorno a un clásico como lo es Séneca, no surge de una simple intuición intelectual, sino que es producto de lectura y reflexión sobre sus textos. Leer esos autores de la antigüedad no es necesariamente una fuente directa para solucionar problemas de la actualidad, pero puede ser el punto de partida para discutirlos y así evitar puntos muertos como los puntos de vista individuales, o ideas y planteamientos ya hechos en aquella época, y que resultaría superfluo tratar de volver a pensarlos. Otra razón de ir a los clásicos, es que el hecho de serlos verifica la revisión y análisis de su obra por muchos años y por autores diferentes, dándoles una pertinencia y validez en la cual conviene apoyarse. Por otra parte, hacer uso de situaciones, escritos y experiencias actuales no hace sino confirmar la importancia de formar a los docentes como personas, como instrumentos de transmisión, a través de los tiempos. Las inquietudes siguen siendo las mismas, aunque algunas circunstancias hayan variado en cuanto a medios. No obstante, lo sustantivo de la transmisión, sigue dependiendo de la figura personal del docente, como ente responsable de lo didáctico.

Antes de abordar con mayor profundidad el tema, vale la pena situarnos en el género real de una epístola. Para la época cuando fue escrito el género literario al que nos referiremos, se entendía que una carta (*litterae*) tenía la característica de ser dirigida a una persona particular con lo cual, era de índole secreta y respondía a una circunstancia de la vida personal de quien escribía. En cambio la epístola (*epistolae*) estaba dirigida a una persona o comunidad, pero con la intención de ser divulgada a un amplio número de personas, con un tema o avisos determinados para esa colectividad. El género que usaba Séneca eran las epístolas, pues tenían en el fondo una intención didáctica, es decir de transmisión, de explicación a una comunidad.

Es sabido desde hace muchos años, que la intencionalidad de la elocuencia suele ser el convencimiento, y que el fin del discurso puede ser de varios tipos: informativa, de diversión, de formación, de convencimiento, entre otros. De todos ellos nos centraremos en el discurso propio del docente como transmisor de contenidos y el objeto de formar en sus alumnos u oyentes estructuras que mejoren su vida personal o intelectual.

Por otra parte, la comprensión correcta de un discurso, así como de un texto escrito requiere de quien lo produce un arte, y ello exige como sustento una teoría del arte, de tal manera que se pueda expresar heurística (se acude a documentos y fuentes históricas) y hermenéuticamente (tratando de interpretar el escrito, aunque sea de manera no rigurosa) para los escritos, y con retórica para los textos dichos en voz audible.

La motivación para mejorar la transmisión

Al comienzo de una epístola, Séneca recoge partes de un escrito enviado por Lucilio. Este le escribe a su maestro lo siguiente: *“Me escribes que escuchaste al filósofo Serapión cuando arribó a este litoral: «acostumbra a amontonar las palabras con gran rapidez sin pronunciarlas distintamente, antes bien las apretuja y agolpa, pues le acuden muchas más de las que puede proferir un solo hombre»”* (1994 p. 252).

Sobre esa experiencia, que relata Lucilio, podríamos ofrecer también nosotros algunas anécdotas. No obstante el impulso que tenemos para ejemplificar, podemos detenernos y revisar algunas palabras que usó ese amigo del maestro Séneca, éste expresaba: *“amontonar palabras con gran rapidez”*. Esto significa de algún modo un uso apresurado de contenidos académicos o de otro tipo, sin importar mucho la posible comprensión de esos significados, ni tampoco la posible interpretación de los oyentes sobre esos temas que se están exponiendo. Se puede percibir, de lo leído, un cierto irrespeto a las personas que están atendiendo las clases u oyendo el discurso. Parece también que no cuida mucho su pronunciación, pues continúa el narrador *“...sin pronunciarlas distintamente, antes bien las apretuja y agolpa...”*, ni tampoco, que cuida aparentemente, su entonación. En el fondo de esa actitud se evidencia claramente la escasa competencia docente, incluso la poca intención de transmisión consciente. Parecería que se hace algo “para salir del paso” y eso, no puede ser la condición ordinaria del docente. Ese tipo de elocuencia no “da a luz” nuevos pensamientos, simplemente se afirma, ratificando algunas cosas. El pensamiento en coherencia con la docencia intencional, cuando aparece, siempre matiza, ve detalles, y a diferencia de la actividad política que se hace irresponsablemente (que se suele detener en elocuencia vacía de significados), siempre busca el otro lado de la cuestión, no se detiene en fórmulas hechas, da la oportunidad de expresar al otro su perspectiva. Este punto (el discurso demagogo) tiene una complejidad que no es del caso tratar en este escrito. Se usa para ejemplificar o evidenciar un defecto a evitar. Realmente la eficacia didáctica surge y está garantizada por la activa

operatividad de ese arte del maestro, que surge del matrimonio fecundo entre la personalidad de esa persona con el método operativamente válido, si añadimos la erudición necesaria para ese trabajo.

Responde Séneca lo siguiente: *“Semejante actitud no la apruebo en un filósofo, cuya pronunciación igual que la vida, debe ser también ordenada; ahora bien, nada de cuanto se precipita y apresura evidencia un orden. De ahí que en Homero ese discurso arrebatado y sin interrupción, que llega de improviso como la nieve, se pone en boca del orador joven; en la del viejo fluye el otro apacible y más dulce que la miel”* (1994 p. 252).

La dicción del docente, debe tener, como la música, unos tonos, un ritmo y todo ello acompasado por varios factores: el conocimiento de las personas de esos alumnos, por la importancia de la materia y la profundidad⁽²⁾ del tema expuesto en ese momento, y también, por el uso de los medios de apoyo para la transmisión que se usan. Es decir, las palabras se captan según la competencia docente, que se refleja y acepta, y por tanto puede ser fecunda, o por el contrario, esa falta de competencia no produce la condición vehicular del mensaje y es rechazada por el auditorium de alumnos. Para lograr el éxito en esa actividad, quizá la primera condición es que ese discurso (orden de los contenidos) y la dicción docente (competencia para la transmisión oral) estén ordenadas⁽³⁾. Seneca demuestra esa falta de armonía en ese filósofo al decir que *“...nada de cuanto se precipita y apresura evidencia un orden...”*. Ese aspecto estético –si lo pudiéramos llamar de esa forma–, en la acción docente va dando textura a su exposición, sentido y forma. Sin esa condición difícilmente se puede transmitir con eficacia real, incluso me atrevería a decir que la concatenación de argumentos o ideas sin orden, puede rayar de ordinario en lo falso, o por lo menos en lo frágil argumentativamente. Confirma esto una observación de Cassirer (1998): “El contenido del espíritu se descubre sólo en su manifestación; la forma ideal es reconocida sólo en y por la totalidad de los signos sensibles de los cuales se sirve para expresarse”⁽⁴⁾. La observación de este autor hay que tenerla en cuenta en su concepción kantiana del conocimiento, que siempre es desde lo sensible.

Pero, surge la pregunta casi inevitable, ¿Qué motiva a un docente a mejorar su forma de hablar? En el comienzo de la acción de enseñanza estará la ilusión de transmitir contenidos, de ayudar a otros con su saber, de ayudar a sus alumnos a llegar a la verdad. Sin embargo, sabemos que no es suficiente eso para lograr con éxito una transmisión. La experiencia nos lo dice constantemente. Quizá la madurez de la persona, que ya adulta, se conduce más por su pensamiento que por formas o actitudes sentimentales, sea una de esas condiciones importantes. La concepción profesional de su acción hará que la actuación ordinaria y constante sea buena porque estará ordenada en el tiempo y no será precipitada e improvisada. Esto requiere del docente una ilusión por su profesión y por el trabajo con los demás, que es parte de su eficacia como transmisor eficiente. Comenta una autora contemporánea en pedagogía, Darling-Hammond (2001), lo siguiente:

“Siempre pensé que una de las cosas más excitantes que puede una persona hacer es aprender; y una de las más satisfactorias es enseñar. Que la enseñanza y el aprendizaje constituyen los pilares de la civilización es obvio pensarlo”⁽⁵⁾.

En ese sentido, uno de los aspectos propios de su labor profesional, la elocuencia, se mejora de muchas maneras, desde los recursos de ejercicios fonéticos con un terapeuta, hasta la lectura constante y seleccionada, que mejora el vocabulario, pero es conveniente saber que esto es siempre un instrumento que refleja lo que se tiene para transmitir. Ser maestro significa enriquecerse para enriquecer, perfeccionarse para perfeccionar, hacerse cada vez más libre para poder darle autonomía a los demás. Es decir, somos humanos antes que cualquier otra cosa, y eso obliga a que el lugar de la ciencia en la vida del hombre deba ser discutido y aclarado en palabras, y, como sabemos, con los sonidos, la intencionalidad y el tono adecuado a las personas a quien se están dirigiendo, es decir, con la competencia pedagógica que debe tener un profesional.

(2) Naval, Concepción. *Educación de ciudadanos*. P. 254

(3) “Piaget consideró la lógica como una parte esencial de la organización del pensamiento, y en esto, el concepto de operación era fundamental. Plantea que los rasgos intrínsecos de la lógica están en las actividades del sujeto. Las operaciones del pensamiento derivan de las acciones que ejecutamos con objetos del mundo externo” Hargreaves, David. *Música y desarrollo Psicológico*.

(4) Cassirer, Ernest. *Filosofía de las Formas Simbólicas*. P. 28

(5) Darling-Hammond, Linda. (2001) “*El Derecho de Aprender*”. Ariel Educación, prefacio del libro.

se ha hecho con la debida sistematicidad para producir un efecto realmente adecuado a la necesidad imperiosa de ese aspecto. Posiblemente no hemos adquirido la conciencia plena o profunda de la importancia de esa comunicación en la enseñanza. La combinación de persona, intencionalidad y técnica retórica produce unos efectos que pueden llegar a ser educadores (en el sentido del nivel más profundo del término escible), porque el impacto de una persona a otra estriba en esa relación integral del conocimiento (contenidos, imágenes, emocionalidad) y obviamente no es lo mismo una máquina, ni una grabación o una sesión de video. La cercanía de la persona implica una influencia profunda y decididamente importante. Debemos tener en cuenta lo que escribe Echeverría: “*El lenguaje no sólo nos permite describir la realidad, el lenguaje crea realidades. La realidad no siempre precede al lenguaje, éste también precede a la realidad*” (1997 p. 34). Esa elocuencia que se reclama en un buen docente, significa profundidad, penetración en la realidad y arte para hacer la transmisión. Por así decirlo, es el “terreno” conceptual donde apoyarse debidamente y hacer los constitutivos del aprender.

Durante años se habla y escribe, en los medios universitarios, de aspectos retóricos que atañen a la transmisión de contenidos, los cuales vale la pena volver a traer al presente para reflexionar sobre ellos, y quizá ofrecer una manera adecuada de trabajar intelectualmente. De manera ágil, con la intención de

balizar el camino, pero sin obligar, sino motivando adecuadamente. Sobre todo esto podemos distinguir una preparación remota y una ordenación próxima de las sesiones académicas de clases o seminarios. Trataremos de aproximarnos, aunque muy rápidamente, a esos aspectos que estructuran el discurso docente.

a. Preparación remota

Obviamente un docente graduado tiene una preparación anterior a su ejercicio profesional. Los diversos cursos aprobados en su carrera universitaria, las correcciones de sus profesores y las primeras experiencias docentes, seguramente han dado un perfil en esa persona, el cual no se “produce de la noche a la mañana”. Esa preparación en su conjunto, no es sino la búsqueda del bien de la persona en función de su actividad personal diaria profesional. Escribe Naval lo siguiente: *“El bien del intelecto se alcanza mediante el ejercicio de las funciones teóricas del aprender y comprender, es el término de la enseñanza y de la experiencia. El bien de la voluntad, en cambio, es una resultante del hábito”* (1995 p. 254). En este punto nos encontramos con un problema que resulta patente a la gente que reflexiona sobre la acción docente, y es que con una alta frecuencia se niega el defecto o, peor aún, se justifica como algo que es propio de la persona y en la cual inevitablemente está hecha profesionalmente. Esta actitud no es nueva, quizá radique en la misma naturaleza humana que no está suficientemente libre de algunos defectos, entre ellos lo que hemos llamado soberbia y que básicamente consiste en producir ceguera personal ante situaciones y maneras de pensar y de actuar.

Comentaba en otra carta Séneca lo siguiente: *“¿Porqué nos engañamos? Nuestro mal no procede del exterior; se halla dentro de nosotros, radica en nuestras mismas entrañas y la causa de que difícilmente alcanzamos la salud está en desconocer que padecemos la enfermedad. Y caso de que comencemos la curación ¿Cuándo destruiremos la fuerza poderosa de tantas enfermedades? Pero ahora, ni siquiera buscamos al médico, el cual tendría menos trabajo si atendiese un vicio incipiente (...) Pero de la misma manera que las virtudes, una vez conseguidas no pueden perderse, y que resulta fácil su salvaguarda, así se hace costoso iniciar el camino hacia ellas”* (6) (1994 p. 293).

b. Preparación próxima

La ordenación próxima que mencionábamos en párrafos anteriores, no es otra cosa que jerarquizar y conformar un sistema con todos esos aspectos que estructuran la transmisión de una clase, la enriquecen en su forma y le dan sentido y finalidad. En ese sentido comenta en esa epístola citada el maestro Séneca: *“Pues así como no quiero que el discurso fluya gota a gota, así tampoco que vaya lanzado; ni que fuerce a aguzar los oídos, ni los abrume tampoco. Porque también la pobreza y languidez de estilo mantiene de por sí menos atento al auditorio a causa del fastidio que produce una lentitud llena de pausas; con todo se graba mejor la idea que uno está aguardando que aquella que le coge desprevenido. En suma, todos afirman que los maestros transmiten enseñanzas a sus discípulos,*

pero no se transmite lo que escapa a la atención.” (1994 p. 253). Una de las vías que conocemos, –desde los tiempos socráticos–, es que la puerta del aprendizaje se sitúa en el asombro por la belleza, es decir, la admiración por el orden percibido en la naturaleza del entorno o de la construcción racional. Si eso es así, la necesidad de una preparación por la práctica del orador, sobre todo en la figura del docente, es una condición de eficacia y profesionalismo que no se puede dejar de lado y mucho menos despreciar en el diseño de los distintos programas de formación para docentes.

Una de las primeras cosas que debe cuidar un docente es preparar, en tiempo adecuado, las clases. Aparentemente es muy obvia esta cuestión, sin embargo, vale la pena repetirla. Calcular el tiempo necesario para la transmisión, para la comprensión y asignación de trabajos o tareas que ayuden a profundizar esos temas. Sólo de esa manera se produce la Instrucción (*in struere*) «construir dentro» como nos recuerda la etimología y un autor en pedagogía⁽⁷⁾. Los griegos determinaban como *Kairós* el tiempo adecuado –el bien en el tiempo– a preparar la sabiduría propia de una persona, su formación intelectual y física incluso. Lo que llamamos planificar en este momento, más la determinación habitual de preparar agendas de trabajo diarias y de mayor tiempo, se establece con el movimiento del espíritu que lleva a darle la valoración justa a la circunstancia y a su importancia en los demás. En el fondo son actos de justicia, que están insertados en el trabajo ordinario de una persona. Se resumen en cinco pasos didácticos: Instrucción, Demostración, Advertencias, Corrección, Alabanzas (motivación).

Ya en clase, la *instrucción* –que supone un trabajo previo del docente, que va desde la planificación a la consecución de materiales– con base a informaciones e indicaciones es absolutamente necesaria para esa eficacia. Esas indicaciones deben hacerse de manera clara, corta y asegurándose que llegan a los oyentes (esto se puede comprobar con preguntas acerca de las instrucciones mismas, a quien ha recibido las órdenes de acción). Sigue la carta de Séneca instruyendo: “*Advierte además que el discurso empeñado en la verdad debe mostrarse sin adornos y sencillo; aquél que gusta al pueblo no contiene verdad alguna. Pretende conmover a la turba y embelesar con su ímpetu al oyente irreflexivo, no se presta a un examen, se esfuma. ¿Cómo, pues, será capaz de dirigir, lo que no puede ser dirigido? ¿Y qué decir si este discurso que se propone curar los espíritus debe penetrar en nuestro interior? Los remedios no aprovechan si no se insiste en ellos* (1994 p. 253)”. La mejor manera de asegurarse que las instrucciones llegaron, que hubo transmisión de información es verificar las acciones de conducta de los alumnos, referentes al tema que se está tratando o a la tarea que se ha asignado. Cuando se pone en movimiento algo⁽⁸⁾, además se incluye la motivación (lo que mueve, de muchas formas) a una acción, pensada antes por el docente y prevista para lograr un objetivo y unas metas de aprendizaje.

La *demostración* de los objetivos o de los contenidos a conseguir en las diversas sesiones que se planifican con esos alumnos, es el paso siguiente. Una demostración en clase debe constar de varios elementos. Un primer aspecto a cubrir es la necesidad, implícita en la motivación creada por el docente, de verificación de lo dicho. Es decir, las demostraciones son el espacio adecuado para la formación del espíritu científico. Un segundo elemento sería el de asegurar que la explicación sea lo más clara y gráfica posible, debe demostrar lo que se ha dicho de otra manera. Esto requiere una serie de condiciones en el docente que no se dan al azar, son producto de una formación de años, sin prisas y oportunamente. Esas facultades se han desarrollado oportunamente, es sensible a la estética y a la moral, puede apreciar la naturaleza y la fuerza del pensamiento matemático, puede leer poesía e interpretar historia, sacar consecuencias y enriquecer su bagaje intelectual. La demostración que se le pide en clase está asentada básicamente es ese espíritu que tiene una vida anterior, a la simple intención de la demostración en clase, ante unos alumnos y sobre un tema ya determinado por su planificación escolar. Pero, es mucho más que eso, es la vida proyectada.

Advertir a los alumnos, en varios momentos de la sesión y en trabajos hechos y corregidos con serenidad y cariño, se convierte en factor indispensable para mantener la atención y “reforzar” el entendimiento de los contenidos en los alumnos. Esa advertencia no es otra cosa que el uso de las debidas exhortaciones para reconseguir el hilo de la explicación. Estas las debe hacer el profesor con detenimiento, sentido pedagógico y acierto. Escribe atinadamente Simón Rodríguez (1982): “*Enséñese a hablar la lengua de los castellanos; enséñese a vivir según los preceptos de la filosofía social y fácil será pintar la boca con las letras y la moral con las obras*”. La advertencia es una corrección adecuada a personas y situaciones, por lo tanto, debe estar mediada por actos de la virtud de la prudencia. El docente no tiene como misión “avisar” de algo malo, sino formar a sus alumnos. Uno de los instrumentos es la advertencia, esta se clarifica cuando se hace a persona en especial, con su nombre, buscando la finalidad de obtener una mejora en alguno de los aspectos que se han detectado y que se avisa para su corrección. No es un regaño, sinónimo de tratar de corregir un rumbo que no es el adoptado por el maestro, sino el de tratar de perfeccionar el estilo del mismo alumno.

(7) “*in-struere* (construir dentro) —consiste en la formación interior de la mente. Lo que quiere decir que no es instrucción la simple acumulación de nociones, la memorización de datos inconexos. Auténtica instrucción es la que da por resultado una construcción de “estructuras” mentales y el afinamiento de “funciones” lógicas. Titone, Renzo *Metodología Didáctica*. pp 30-31

(8) Escribe Naval: “Una práctica es cualquier forma coherente y compleja de actividad humana cooperativa, establecida socialmente, mediante la cual se realizan los bienes inherentes a la misma, mientras se intenta lograr los modelos de excelencia que le son apropiados a esa forma de actividad y la definen parcialmente” (Ob. Cit. p. 113)

En el transcurso de la acción de enseñanza, se producen errores. Estos pueden ser por muchas causas, no obstante, el maestro debe *corregir*, con tino y

oportunidad a los alumnos. Esas correcciones, estarán en los ámbitos que se han determinado como de los objetivos a lograr. Este aspecto tiene que ver especialmente con lo que se ha llamado últimamente Inteligencia Emocional. Es decir, las diversas particularidades que tienen que ver con nuestras emociones y su impacto en las demás personas de nuestro entorno. Parte de la competencia profesional está en saber aprovechar lo emocional del momento, en esos alumnos en unos instantes especialmente sensibles. Decimos que son especialmente sensibles, porque la corrección “trae” a la conciencia del alumno el error cometido y si no se aprovecha bien ese momento, puede ocasionar el efecto contrario a lo que se ha querido corregir.

Alabar es la última de las sugerencias pedagógicas que se hacen para esa acción adecuada a los alumnos. Esa motivación que viene de confiar en los demás, tiene una importancia especial en la consecución de fines y metas intermedias en la labor docente. Quizá en la base de la prosecución de unos estudios o de un trabajo que se le ha encomendado a una persona, está el factor motivacional en ella, y que siempre es externo a él. En algunas etapas de la educación formal, este aspecto didáctico es de la mayor importancia, por ejemplo en los años de la pubertad y de la adolescencia. Esa edad que está llena de inseguridades y desorientaciones, producidas por múltiples factores, que acompañan al joven en su vida, tanto personal, como comunitaria. Y esto último entendido como el grupo de educación formal, y su grupo familiar. Pero en general, la alabanza de los aspectos positivos de una acción, siempre impulsa y canaliza las nuevas acciones. Podríamos decir que ese halago “ancla” en la persona a la que se alaba una acción o una reflexión, esa misma conducta, la cual repetirá frecuentemente. Podríamos decir, que es vital en el cultivo de hábitos y aunque no es suficiente, es necesaria para lograr esa disposición a repetir la acción.

⁽⁶⁾ Séneca. Epístola Moral No. 50 “Reconocer los defectos y confiar en corregirlos”

La formación en el docente

Con frecuencia hemos oído que se debe formar al docente de manera integral. Pero formar la totalidad, requiere formar las partes, y tenerlas en cuenta –una a una– es vital para el todo. Uno de los muchos problemas en el ejercicio docente es la formación de estructuras intelectuales para el uso de la voz. Su importancia es evidente, y ya hemos escrito algunas consideraciones en párrafos anteriores sobre ello, sin embargo, raramente se forman en las escuelas pedagógicas o de educación en ese instrumento vital para esa profesión. Pero es un instrumento vital en docencia, por eso la estructura mental –hábito interior– para ello, se funda en la convicción o en la disposición de lograr excelencia en el uso de esa posibilidad corporal. Descuidarlo trae, en primer lugar consecuencias físicas que bajan el rendimiento de esa persona, al disminuir su capacidad de voz y puede generar otros tipos de problemas personales en la figura del maestro o profesor.

En el entendido que la actividad docente es básicamente una transmisión de información en su primera fase, la posibilidad de hablar con corrección, tanto en el tono como en la intensidad, es vital para esa actividad. Sigue comentando Séneca a su amigo: “¿Entonces qué?, ¿no elevará el tono alguna vez?” ¿Por qué no? Pero quedando a salvo la dignidad moral que le quita esa expresión violenta y sobreabundante. Que posea gran vigor, pero moderado; que sea una corriente

perenne, no un torrente. Difícilmente permitiría yo al orador tal velocidad en una dicción incapaz de retroceder y que procede sin normas. ¿Cómo, de hecho, podrá seguirle de cerca el juez que, en ocasiones, es hasta inexperto e ignorante?” (1994 p. 254).

La enseñanza al alumno de docencia, debe necesariamente incluir destrezas personales que afinen el instrumento por excelencia, que es el mismo docente y reiteramos: es indispensable enseñar y cultivar el uso de la voz. Ese aprendizaje –que no es teórico– resulta absolutamente indispensable y que no se agota en el simple ejercicio repetitivo de esa capacidad, porque la transmisión de significados que se mueve a mayor profundidad de la simple información de contenidos, tiene mucho que ver con las diferentes inflexiones de voz. Comenta Chomsky (1992 p. 18): *“En el estudio del lenguaje procedemos en abstracto al nivel de la mente, y también esperamos ganar terreno en la comprensión de cómo las entidades construidas a este nivel de abstracción, sus propiedades y los principios que las gobiernan, pueden explicarse en términos de propiedades del cerebro” (9).* Precisamente este apoyo teórico nos da la fuerza para la propuesta de cambiar en algunos aspectos el programa de formación de docentes, y convertir ese diseño del currículum en una combinación de aspectos teóricos y muchos de carácter práctico. Por ejemplo, las sesiones de teatro en ese nivel, en varios semestres y la obligación de aprender a interpretar un instrumento musical, pueden generar esas destrezas tan necesarias para la vida pedagógica.

Por otra parte, no existe contradicción en cuanto al volumen de conocimientos que deben adquirir esos alumnos. El empeño que se pone en ello siempre ofrece buenos frutos, porque permite, al haber adquirido esa destreza, un mayor tiempo de dedicación al estudio de la disciplina en cuestión, a la cual se dedica teóricamente ese profesor. Nos apoya Chomsky (1992 p. 18) nuevamente: *“Una destreza puede mejorar sin que se altere el conocimiento (...) la capacidad de usar el lenguaje de un individuo mejora, pero no su conocimiento. Así mismo, la destreza puede quedar dañada o desaparecer, sin pérdida del conocimiento. Cuando una persona pierde la capacidad de hablar lo que queda es un sistema de conocimiento, un sistema cognitivo de la mente/cerebro” (10).*

⁽⁹⁾Chomsky, Noam. El Lenguaje y los problemas del conocimiento. P. 18

⁽¹⁰⁾Idem. P. 18

Vamos obteniendo, como consecuencia, una serie de factores y aspectos que influyen a la formación de esa persona. Conocimientos y destrezas adecuadas y pertinentes a su saber hacer profesional. Sin embargo, se enlazan inevitablemente esos aspectos. Y debe ser así puesto que lo que se quiere formar es una persona en todas sus dimensiones. De esta manera, los conocimientos implican una manera de ser un carácter específico. Comenta Morín (1988 p. 20):

“Todo conocimiento contiene necesariamente: a) una competencia (aptitud para producir otros conocimientos); b) una actividad cognitiva (cognición) que se efectúa en función de esa competencia; c) Un saber (resultante de esas actividades)” (11).

La preparación continua, o una manera de concluir

Solamente de manera equilibrada y secuencial, se puede formar a un docente de manera adecuada. El tiempo es necesario para ello. No obstante, se requiere además un hábito importante de cultivar y mantener en él que es el del estudio. Sin ese hábito, difícilmente se mantendría la competencia deseada y la elocuencia, que quisiéramos mantener, se convierte en repetición de frases y lugares comunes, que no transmiten mayor cosa. Podríamos decir que la tarea del docente no tiene reposo porque debe mantenerse “al día”, tanto en significados como en las mismas palabras o jerga que se usa en esos momentos, porque de alguna manera son producto del cambio de valores válidos para cada circunstancia. Confirma estas ideas Morin (1988 p. 20): *“Continuamente se rectifica, se completa, se matiza. El lenguaje de la ciencia está en un estado de revolución semántica permanente”*(12).

Quiere decir que una de las condiciones de lograr y mantener esa elocuencia, es la preparación interior del docente, su vida del espíritu, es decir, sus hábitos de trabajo e intelectuales, con los que conforma y guía su vida profesional. Parte de ello es la humildad con que acoge los consejos y asume las diversas experiencias que se le presentan y las convierte en sabiduría. En ese sentido continuaba Séneca su epístola: *“Es posible que se presente alguien tan necio como aquél que, mientras nuestro orador iba arrastrando una palabra tras otra como si las dictase y no declamase, le recriminó: «Dinos: ¿es que en verdad dices algo?». Porque la rápida elocución de Quinto Haterio, el orador más célebre de su tiempo, quiero que se mantenga a gran distancia del hombre juicioso: jamás vaciló, jamás se detuvo”* (1994 p. 255). Se nota claramente la advertencia, el modelo a no imitar, aunque tenga una gran habilidad demagógica y por tanto falsa a imitar en su manera.

(11) Chomsky, Noam. *El Lenguaje y los problemas del conocimiento*. P. 18

(12) Idem. P.18

Y este es quizá uno de los problemas más comunes: la imitación sin discriminación. Sobre todas las cosas porque es la vía más fácil de hacer un trabajo. Es lo que hemos visto y oído durante largos años de preparación académica en el o formal. Los años de primaria y bachillerato, los años de pregrado deben ser por tanto, de una actitud crítica y de adquisición de nuevos conocimientos, pues de otra manera, se convierte en una repetición de errores (por no ser original) e imitación de algunas actitudes buenas y generalmente pasadas o inoportunas, pues corresponden a formas y caracteres diferentes y con

una frecuencia muy específica, a pasados tiempos. Esto quiere decir, que si se imita completamente a un profesor u orador, se usarán giros idiomáticos, frases hechas y maneras que corresponderán a otros años anteriores, con otros intereses y significados sociales.

La necesidad clara de formar un buen medio de transmisión es un tema de obligada consideración en los ambientes profesoriales. Sin embargo, a pesar del esfuerzo en tiempo, en cursos e investigaciones no se ha logrado totalmente y es motivo de preocupación por los diferentes directores, supervisores y encargados de la docencia como función pública.

Pensamos que la inclusión de actividades con carga crediticia, en los diseños curriculares de las distintas instituciones de formación docente es un imperativo, no sólo en función del que oye esa transmisión de contenidos sino del docente mismo, que sufre la mala utilización de su voz. Incluir materias de estudio y práctica como el teatro, por ejemplo, en las carreras de Educación aparece como necesario en este sentido.

La dicción se mejora con lecturas hechas, práctica constante y alguien que observe y aconseje en ese sentido de la transmisión pedagógica. La impostación de la voz requiere, en algunos casos, el adiestramiento de profesionales de esa área como locutores profesionales o actores de teatro. Lo que sugiere su inclusión específica en los programas de formación docente como objetivos de actividades.

El sentido y la seguridad de la información que se quiere transmitir, depende mucho de la preparación profesional del docente, su estudio constante y actualización permanente en las diversas áreas académicas. No basta el instrumento, se requiere que tenga solidez en lo que se quiere transmitir.

Por último, la buena transferencia depende en un buen porcentaje, de la consideración por la otra persona, es decir, a quien se está transmitiendo y esto rebasa el plano estricto de la técnica y se introduce en los niveles de la ética en el comportamiento docente. Mucha transmisión llega por el respeto a la dignidad de la otra persona, por la sensibilidad que se debe tener a sus derechos como persona y como alumno o receptor de información. Ese compromiso, sólo se logra con una base de reflexión personal sobre los valores que sustentan la actividad didáctica.

Referencias bibliográficas

- CASSIRER, Ernest. (1998). Filosofía de las Formas Simbólicas. Fondo de Cultura Económica. México.
- CHOMSKY, Noam. (1992). El Lenguaje y los problemas del conocimiento. Editorial Visor. Madrid.
- DARLING-Hammond, Linda (2001). El Derecho de Aprender. Ariel Educación.
- ECHEVERRÍA, Rafael. (2003). Ontología del Lenguaje. J.C. SÁEZ Editor. Santiago de Chile.
- HARGREAVES, David. (1998). Música y Desarrollo Psicológico. Editorial GRAO, Barcelona.
- MORÍN, Edgar. (1988). El conocimiento del conocimiento. Ediciones Cátedra. Barcelona.
- NAVAL, Concepción (1995). Educar Ciudadanos. EUNSA. Pamplona.
- PLATÓN. (1963). Obras. Ediciones Aguilar. Madrid.
- RODRÍGUEZ, Simón. (1982). Sociedades Americanas. Biblioteca Ayacucho. Caracas.
- SÉNECA. (1994). Cartas Morales a Lucilio. Editorial Gredos. Madrid.
- TITONE, Renzo (1981). Metodología Didáctica. Ediciones RIALP. Madrid.